

Yawar Fiesta

Blue ✓



José María Roquedas



Biblioteca Nacional
del Perú

Colección
quechua-aymara

PAUL RIVET

1957



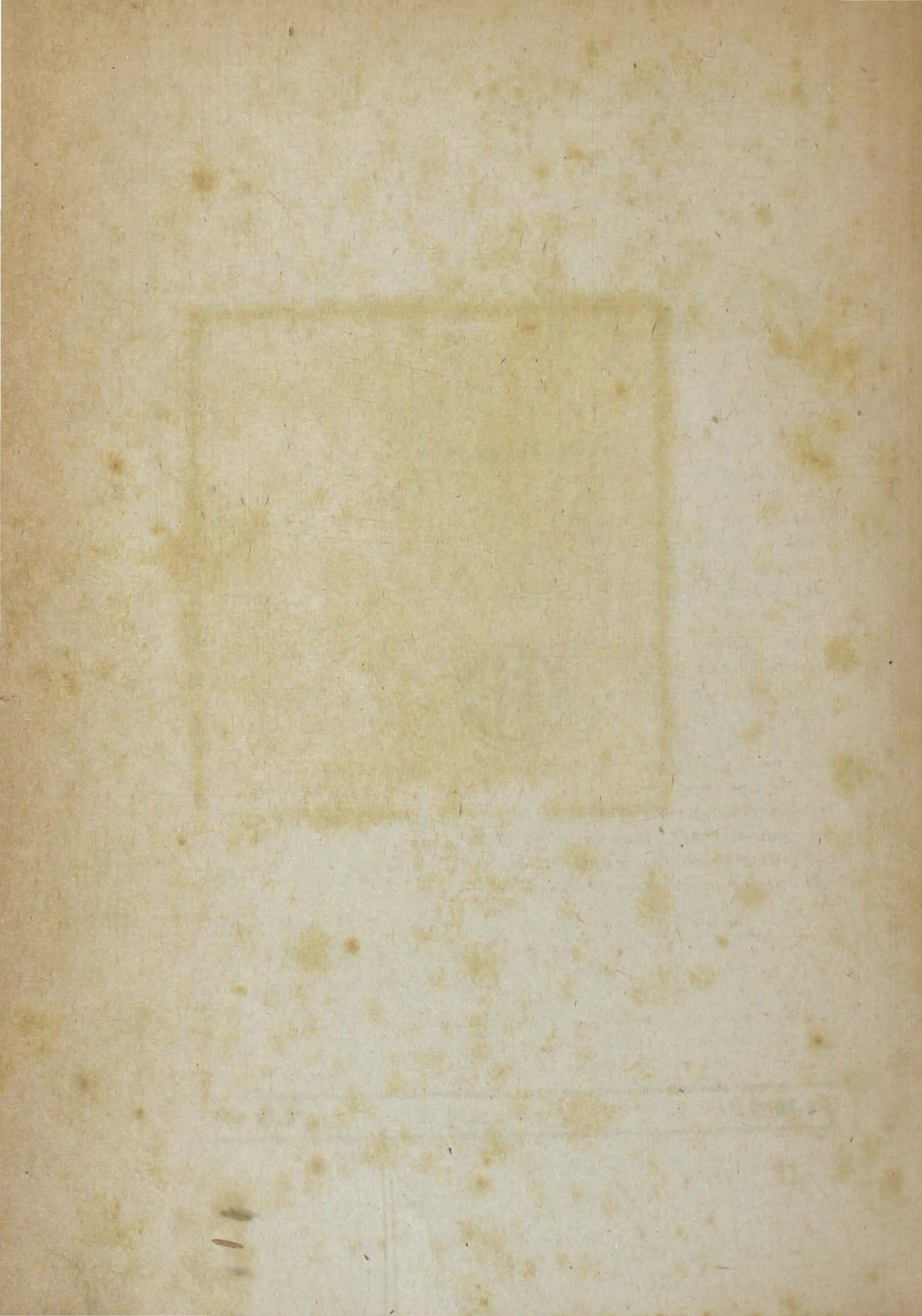
JOSE MARIA ARGUEDAS

YAWAR FIESTA

NOVELA



LIMA : : : : : : : : : 1941



I

LA QUEBRADA

DESDE la cumbre de Kondorsenk'a se divisa ya las tierras de sembrío de Puquio. Kondorsenk'a es, por el lado de Lucanas, el abra más alta de la Cordillera de la Costa; por ahí pasa ahora la carretera Nazca-Puquio. En la cumbre de Kondorsenk'a se detienen un rato los viajeros que llegan de la costa. La quebrada aparece, de repente, cuando se llega a esta abra. Sobre Kondorsenk'a se para la gente como al borde mismo de la quebrada.

La quebrada empieza muy lejos, en la puna alta. Desde Kondorsenk'a solo se vé, por ese lado, un estrechamiento de la quebrada; allí se cierra el horizonte. Los cerros del frente y las montañas que forman cadena con el Kondorsenk'a, por el lado de la costa, se van acercando, y muy arriba, casi se juntan en una arruga angosta, donde parece que empezara la gran quebrada de Lucanas. Hacia abajo, a la derecha, la quebrada se cierra en la confluencia del río grande con el San Pedro que baja de las punas. Allí, muy lejos de Kondorsenk'a, muere el horizonte; termina en una especie de cañón profundo que parece cortar las montañas del lado de la costa.

Las montañas que se levantan por el lado de la costa se alinean casi en orden; al amanecer y en el crepúsculo, sus cumbres dibujan en el cielo una línea ondulada, suave, sin quebraduras, sin puntas. Por las faldas de estas montañas corren pequeñas acequias que nacen en manantiales que brotan cerca de las cumbres; pero el cauce de las acequias no es profundo, apenas se distinguen por la verde hierba que crece en sus orillas. En los meses de invierno el agua de los arroyos no llegan nunca al río, se pierde en el riego de las pocas chacras de cebada, trigo y maíz que hay en los falderíos; en tiempo de lluvias sí, por las

acequias corre un torrente turbio y bullanguero que llega hasta el río grande como un hilillo oscuro y pequeño. Al atardecer, después que el sol ha caído, el filo de estas montañas se ve en el cielo, como un lomo ondulado, parecido a las cumbres de los cerros de arena de la costa.

Al otro lado, al frente, por la región de la verdadera sierra, la tierra está rajada por otras quebradas hondas; y en todas partes se ven cerros puntiagudos cuyas faldas bruscas caen sobre pampas y lomadas, o mueren en el río grande. Cerros y quebradas en todos lados; y en el hondo de las quebradas, torrentes que se avientan, cantando, de peña en peña. Esa es la región de los caseríos, de los pueblos, de las chukllas, de los sembríos, de la verdadera alegría. A ese lado está Puquio.

Pero de Kondorsenk'a no se ve Puquio; el cerro Sillanayok' avanza desde la puna, avanza como una barrera hasta la orilla del río grande y tapa al pueblo. Por encima de Sillanayok' apenas se divisa algunas chacras en el alto de los cerros que rodean al pueblo.

Entre montes de retama y sauce serpentea el río grande. Por trechos el río es espumoso, blanco, el agua se despeña sobre las piedras negras, y desde el alto, parece una cinta ancha que se moviera hacia abajo. Pero en los remansos el agua es azul, en los remansos el agua del río refleja la luz, y parece un espejo entre las flores amarillas de los retamales.

En los meses de lluvias, cuando la quebrada está cubierta de árboles, de hierba y de sembrío verde y joven; cuando las flores silvestres de todos colores tiñen la cumbre de los cerros en unos sitios, en otros los falderíos y la orilla de los caminos; en esos días, por la mañana, bajo el cielo limpio, las torcازas, las tuyas, los jilgueros, los killinchos, los k'entis se bañan alegremente en la fresca luz de la quebrada, se bañan en la luz, revolotean en el aire, y cantan, todos cantan. El verde de las hierbas, de los árboles, de los maizales, de todos los sembríos, parece brillar; las flores silvestres encienden sus colores; y los riachuelos que bajan desde las cumbres cantan sobre las peñas con su agua blanca. Al atardecer, en los días que no llueve, la luz del sol ilumina el campo; en la quebrada, la luz del sol toma cuerpo, se ve, se queda sola en el cielo, porque las tuyas, los jilgueros y las torcازas se van a cantar a los montes; el amarillo de la luz se tiende sobre los sembríos; entonces los comuneros salen a los

caminos, para volver a sus casas, y también ellos a esa hora cantan, y tocan quena o charango en los caminos que cruzan los maizales y los montes de tantar y retama, cantan, entre hombres y mujeres; mientras, el amarillo de la luz crepuscular sigue rebotando sobre las piedras, y tiñe el hondo, el hondo del cielo...

En los meses de invierno, las lomas altas, las faldas de los cerros, toman el color del pasto seco; en las hondonadas y en la base de los cerros, los arbustos moribundos se ven como grandes manchas negras. Casi toda la quebrada es oscura o blanquizca: hojas negras de arbustos, o pasto seco, hierba muerta. Solo en las orillas de los riachuelos y del río grande se ve el verde alegre de los sembríos, de los alfalfares, de los molles frondosos y de los retamales.

La quebrada, al amanecer, se ilumina de luz débil; el sol se levanta ligero, sobre un cielo casi siempre despejado y claro. Sopla un viento suave en todas partes, y los animales caminan, alegremente, en el campo. Al medio día, el sol ardiente cae sobre la tierra seca; los rayos de luz blanca parece que danzan en el cielo. A esa hora, todo en la quebrada guarda silencio; los árboles casi no tienen sombra; el sol cae recto y entra a todas partes; los animales se juntan bajo los retamales, bajo los molles, en las aguadas, y esperan que el sol baje. En el cielo azul, terso, alto, se redondean las nubes y se ponen más blancas. Los pájaros caminan sobre la hierba seca, buscando semillas; las torcas, las tuyas, los k'entis, se ocultan bajo la sombra de los montes, en los riachuelos; las quebradas llenas de piedras blancas y de arena despiertan sed y hambre; las hierbas se asan y esparcen en el campo un olor fuerte.

Cuando el sol declina, soplan, recién, los vientos en la quebrada; pero, a veces, el viento llega como tromba, hace remolino en las pampas resecas, en los caminos, y el polvo se levanta en todas partes y sube al cielo. Pero cuando el sol declina, los campos se refrescan, salen los animales a buscar pasto; las tuyas, las torcas, los killinchos, todas las aves de la quebrada vuelan con ánimo, se reparten en todas direcciones, se trasladan, de chacra a chacra, en busca de granos y de presa. A esa hora, los comuneros también arrecian el trabajo; los mayordomos rezondran a los peones; los principales, los dueños, recorren sus tierras, vigilando, viendo, calculando. Los árboles se mecen con el viento. Y la quebrada parece como que otra vez amaneciera.

Al anochecer, la luz amarilla del crepúsculo va saltando de cumbre en cumbre y se adentra poco a poco, se pierde, en el fondo del cielo. Las nubes, oscuras o blancas, se incendian; en el ocaso, como llamaradas las nubes se rasgan; y el cielo, a esa hora, desde el alto, oprime el corazón. Mientras, la quebrada se apaga, comenzando de las hondonadas. La entrada de la noche, en esos días, da miedo y pena.

II

PUEBLO INDIO

ENTRE alfalfares, chacras de trigo, de habas y cebada, sobre una lomada desigual, está el pueblo.

Desde Sillanayok' se ven tres riachuelos que corren, acercándose poco a poco, a medida que van llegando a la quebrada del río grande. Los riachuelos bajan de las punas corriendo por un cauce brusco, pero se tienden después en una pampa desigual donde hay hasta una lagunita; termina la pampa y el cauce de los ríos se quiebra otra vez y el agua va saltando de catarata en catarata hasta llegar al fondo de la quebrada.

El pueblo se ve grande, sobre el cerro, siguiendo la lomada; los techos de teja suben, desde la orilla de un riachuelo, donde crecen algunos eucaliptos, hasta la cumbre; en la cumbre se quedan, porque en el filo de la lomada está el jirón Bolívar donde viven los mistis principales, y allí los techos son blancos, de calamina. En las faldas del cerro, casi sin calles, entre chacras de cebada, con grandes corrales y patios donde se levantan yaretas y molles frondosos, las casas de los comuneros, los ayllus de Puquio, se ven como pueblo indio. Pueblo indio, sobre la lomada, junto a un riachuelo.

Desde el abra de Sillanayok' se ven tres ayllus: Pichk'achuri, K'ayau, Chaupi.

—¡Pueblo indio! —dicen los viajeros mistis, costeños o serranos, cuando llegan a esta cumbre y divisan Puquio. Unos hablan con desprecio, tiritan de frío en la cumbre los costeños, y hablan:

—¡Pueblo indio!

Pero en la costa no hay abras, ellos no conocen sus pueblos desde lejos. Apenas si en las carreteras, sienten a sus pueblos, porque las carreteras se hacen más anchas cuando la ciudad

está cerca, por la fachada de una hacienda próxima, o por la alegría del corazón que conoce las distancias. ¡Ver a nuestro pueblo desde una abra, desde una cumbre donde hay saywas de piedra, y si hay quena o charango, aunque sea rondín, tocar un wayno de llegada! Ver a nuestro pueblo desde arriba, mirar su torre blanca de cal y canto, mirar el techo rojo de las casas, sobre la ladera, en la loma o en la quebrada, los techos donde brillan anchas rayas de cal; mirar en el cielo del pueblo, volando a los killinchos y a los gavilanes negros, a veces al cóndor que tiende sus alas grandes en el viento; oír el canto de los gallos y el ladrido de los perros que cuidan los corrales. Y sentarse un rato en la cumbre para cantar de alegría. Eso no pueden hacer los que viven en los pueblos de la costa.

Tres ayllus se ven desde Sillanayok': Pichk'anchuri, K'ayau, Chaupi. Tres torres, tres plazas, tres barrios indios. Los chaupis, de pretenciosos, techaron la capilla de su ayllu con calamina. Desde Sillanayok' se ve la capilla de Chaupi, junto a una piedra grande, se ve brillante y larga, con su torre blanca y chata.

—¡Atatao! —dicen los comuneros de los otros barrios— Parece iglesia de misti.

Pero los chaupis están orgullosos de su capilla.

—Mejor que de misti —dicen ellos.

Entrando por el camino de Sillanayok', el pueblo empieza a las orillas del riachuelo Chullahora; ayllu de Pichk'anchuri. No hay calles verdaderas en ningún sitio; los comuneros han levantado sus casas, según su interés, en cualquier parte; sobre una laderita, en buen sitio, con su corral cuadrado o redondo, pero con seña, para conocerla bien desde los cerros. Hacia afuera, una pared blanqueada, una puerta baja, una o dos ventanas, a veces un poyo pegado a la pared; por dentro, un corredor de pilares bajos que se apoyan sobre bases de piedra blanca, en un extremo del corredor una división de pared, para la cocina. Corral, siempre lleno de estiércol; cuando las vacas y los carneiros están en la puna, en los echaderos, en el corral siembran trigo o cebada. Junto a la pared del corral, junto a la casa, o al centro del patio, un molle frondoso que hace sombra por las mañanas y en las tardes; sobre el molle suben las gallinas al medio día y dormitan, espulgándose. El techo de la casa, siempre de teja, teja de los k'ollanas y k'ayaus, sobre el tejado rayas de

cal, y en la cima, al medio, una cruz de acero. Así es el barrio de Pinch'achuri y K'ayau, del jirón Bolívar al río Chullahora. Llegando de la costa se entra al pueblo por estos ayllus.

—¡Pueblo indio!

Toda la ladera llena de casas y corrales; a ratos el viajero se encuentra con calles torcidas, anchas en un sitio angostas en otro; la calle desaparece cortada por un canchón de habas o cebada y vuelve a aparecer más allá. El viajero sube la lomada, saltando de trecho en trecho, acequias de agua orilladas por romazales y pasto verde. Ya junto a la cumbre de la lomada hay callecas angostas, empedradas y con aceras de piedra blanca; tiendecitas, con mostradores montados sobre poyos de barro, y en los mostradores, botellas de cañazo, pilas de panes, monitos multicolores para indias, botones blancos de camisa, velas, jabones, a veces piezas de tocuyo y casinete. Es el sitio de los mestizos, ni comuneros ni principales, allí viven los "chalos"; las tiendas son de las mestizas que visten percala y se ponen sombrero de paja.

Casi de repente, llegando a la cima de la lomada, se entra el girón Bolívar.

—¿Qué? —dicen los forasteros.

Es pues la calle de los vecinos, de los principales. Calle larga, angosta, bien cuidada, con aceras de piedra pulida. El girón Bolívar comienza en la plaza de armas, sigue derecho tres o cuatro cuadras y cae después en una quebrada ancha, se levanta otra vez en cuesta y termina en la plaza del ayllu de Chaupi. En el remate del girón Bolivár hay una pila grande de cuatro caños; después está la plaza del ayllu de Chaupi, su capilla de calamina, Alberto, estatua india de alaymoska, Makulirumi señá del barrio; y más allá, en toda la pampa, el pueblo indio de Chaupi. De una esquina de la plaza de Chaupi comienza la calle Derecha, es como prolongación del girón Bolívar, pero la calle Derecha, es calle de indios.

Al otro lado del girón Bolivár, en la otra ladera de la lomada, está el ayllu de K'ollana. K'ollana no se puede ver de Sillanayok', la lomada lo oculta. Igual que Pichk'achuri, K'ollana termina en un riachuelo, Yallpu. El pueblo comienza y termina en riachuelos.

El girón Bolivár es el pueblo de los principales, allí vienen todo el año. En el girón Bolivár están las casas de los ve-

cinos; allí están las cantinas donde se emborrachan; allí está el Billar, la botica; las tiendas de comercio.

—¿Qué? —dicen los forasteros entrando al girón Bolívar.

Es pues para el gusto de los mistis. Las puertas son verdes, azules, amarillas; las casas son casi todas de dos pisos, con balcones de corredor que dan sombra a las aceras. Las calles son angostas; por las noches, los gatos, cuando se persiguen, saltan por el alto, de techo a techo. Pero las calles son derechas, las que están en cuesta y en plano, todas son derechas; y la acequia que hay al medio de las calles está bien empedrada; de todos los zaguanes corren pequeños canales a esta acequia.

La plaza de armas es también de los principales, más todavía que el girón Bolívar. Pero la plaza de armas no está al centro del pueblo. En una punta del girón Bolívar está la plaza de Chaupi; en la otra punta está la plaza de armas; más allá de la plaza de armas ya no hay pueblo. En la plaza de armas están las mejores casas de Puquio; allí viven las familias de misti que tienen amistades en Lima —extranguero dicen los comuniteros—, las niñas más vistosas y blanquitas; en la plaza de armas está la iglesia principal, con su torre mocha de piedra blanca; la Subprefectura, el Puesto de la Guardia Civil, el Juzgado de Primera Instancia, la Escuela Fiscal de Varones, la Municipalidad, la Cárcel, el Coso para encerar a los “daños”; todas las autoridades que sirven a los vecinos principales; todas las casas, todas las gentes con que se hacen respetar, con que mandan.

En el centro de la plaza hay una pila de cemento, rodeando a la pila un jardín redondo con hierba, algunas flores amarillas y linaza verde. Frente a las gradas de la Municipalidad hay otra pila de agua.

Más allá de la plaza de armas ya no hay pueblo, en la plaza remata el girón Bolívar.

Por eso, el girón Bolívar es como culebra que parte en dos al pueblo: la plaza de armas es como cabeza de la culebra, allí están los dientes, los ojos, la cabeza, la lengua — cárcel, coso, Subprefectura, Juzgado — el cuerpo de la culebra es el girón Bolívar.

Durante el día y por las noches, los principales viven en el girón Bolívar; allí se buscan entre ellos, se pasean, se miran frente a frente, se enamoran, se emborrachan, se odian y pelean. En el girón Bolívar gritan los vecinos cuando hay elecciones; allí

andan en tropa echando ajos contra sus enemigos políticos; a veces rabian mucho y se patean en la calle, hasta arrancan las piedras del suelo y se rompen la cabeza. Cuando los jóvenes estrenan ropa, cuando están alegres, se pasean a caballo de largo a largo en el girón Bolivár, con el cuerpo derecho, con la cabeza alta, tirando fuerte de las riendas y dando sentadas al caballo en cada esquina.

Al girón Bolivár también llegan primero los principales de los distritos. De canto a canto recorren el girón, haciendo sonar sus roncadoras de plata, luciendo el zapateo de sus caballos costeños. Después de llevar algún regalo al Subprefecto y al Juez, los principales de los distritos se emborrachan con licores "finos" en el Billar y en las tiendas de las niñas.

En el Billar se juntan los mistis por las noches; allí juegan casino, rocambor, siete y medio; conversan hasta media noche; se emborrachan, entonces se hacen los valientes y se pelean, pero más se dicen "Lalrón", unos a otros, con voz gruesa, como quien ha visto.

En esa calle corretean, rabian y engordan los mistis, desde que nacen hasta que mueren.

Puquio es pueblo nuevo para los mistis. Quizá trescientos años, quizá más, quizá menos, llegaron a Puquio los mistis de otros pueblos donde negociaban en minas. Antes, Puquio entero era pueblo indio. En los cuatro ayllus puro indios nomás vivían. Llegaban allí los mistis, de vez en vez, buscando personas para las minas, buscando provisiones y mujeres.

Otros pueblos que hay cerca de Puquio están en cerros llenos de boca-minas; junto a los riachuelos que dan agua a esos pueblos, se derrumban ahora trapiches viejos; en los riachuelos también, en todas las orillas se ven muchkas metaleras; allí molían plata los antiguos. Esos pueblos tienen nombre de santos, sus calles son anchas; la plaza de armas bien cuadrada, está al medio del pueblo; la iglesia es grande, con puerta de arco; el altar mayor de las iglesias, es, a veces, de madera tallada, y el dorado se ve todavía. En los cerros de Puquio no habían minas; por eso los mistis llegaban de repente, hacían su fiesta con las indias, reclutaban gente, de grado o por fuerza, para las minas; y se volvían, hasta tiempo.

Pero las minas se acabaron, el negocio de mineral ya no valía; entonces los mistis se repartieron por todos los pueblos in-

dios de la Provincia. Dejaron casi vacíos de mistis a sus pueblos con nombres de santos; mestizos nomás quedaron allí, junto con los viejos y algunos werak'ochas dueños de tierras. Ahora esos pueblitos se derrumban como los trapiches viejos; las calles se borran, las iglesias también se derrumban, los altares pierden su dorado. Y otra vez, por todos los caminos llegan comuneros de otras partes a esos pueblos; comuneros corridos por los principales de los pueblos indios, comuneros de las punas donde ahoran hacen sus potreros los mistis; y ellos nomás, poco a poco, hacen casas nuevas en esos pueblos con nombres de santos; pero levantan su corral y su casa en cualquier parte del pueblo, el techo lo pintan con rayas de cal, sobre el tejado clavan su cruz de acero. Y desde lejos, desde el alto de los cerros, esos pueblitos se ven de otro modo, la mitad indio, nuevecito; la mitad misti, color tierra, derrumbándose.

Los más de los mistis cayeron sobre Puquio. Puquio era pues pueblo grande, con bastantes indios para la servidumbre, con chacras en todos los cerros, en todas las quebradas; con cuatro acequias de agua, una por ayllu, para regar las sementeras. Pueblo grande, en buen sitio.

Los mistis fueron con su cura, con su Niño Dios "extranguero"; hicieron su plaza de armas en el canto del pueblo; mandaron hacer su iglesia, con puerta de arco y altar dorado; y de ahí, desde su plaza, como quien abre acequia, fueron levantando su calle, sin respetar la pertenencia de los ayllus.

—¡Qué ni qué!

Había que ir recto. Calle de misti es siempre derecha.

En poco tiempo, cuando ya había casas de balcones en el girón Bolivár, cuando pudieron acomodar algunas calles, a un lado y a otro del girón Bolívar, pasaron la Capital de la provincia a su nuevo pueblo.

Y comenzó el despojo a los ayllus. Con el apoyo de las autoridades, los mistis empezaron por el barrio de K'ollana. K'ollana tenía buenas chacras de maíz, de cebada, de trigo. Los jueces y los notarios firmaron papeles de toda laya; eso nomás era suficiente. Despues de K'ollana, K'ayau. De esos barrios eran las chacras con más agua, y los terrenos estaban junto al pueblo. En seguida Chaipi y Pichk'achuri. Por eso ahora Chaipi y Pichk'achuri son más dueños. En otros tiempos era al contrario.

De tanto entrar a los despachos, de tanto corretear por causa de los papeles con que les quitaban sus chacras, los puquios

aprendieron a defender los pleitos, comprando a los jueces, a los escribanos y a los notarios. Cada ayllu se levantaba, entero, para defender a sus comuneros. Todos los domingos había cabildo en los ayllus, todos los domingos se juntaban los comuneros para tomar acuerdo. Y pusieron atajo a los despojos en la quebrada. Cuando los mistis ya eran dueños de casi todas las tierras de sembrío, cuando todos los k'ollanas y los k'ayaus habían quedado para jornaleros de los principales.

Pero el agua no soltaron los ayllus.

Igual que en otros tiempos, los varayok' reparten los turnos del riego, cada cual en su ayllu.

Por eso, al amanecer, los días de reparto, los mistis de Puquio entran a los ayllus, a pedir agua para regar sus sementeras. Tiritando todavía con el frío, ocultando la quijada en las bufandas, los principales se entropan con los indios del barrio, y gritan levantando el brazo:

—¡Don Gregorio! ¡Para mi maicito!

En la madrugada, los abrigos negros, azules, los sombreros de paja, los sombreros "extrangueros" de paño, parecen ropa de forastero entre los ponchos puquios, verdes, rojos y amarillos, entre tanto lok' o color vicuña.

A veces llega el sol a la cumbre de los cerros, y todavía el varayok' repartidor está oyendo:

—¡Para mi triguero de K'elloc'ello, para mi maizal de K'orek'ocha, para mi cebadal de Chullahora! ¡Don Gregorio!

¡Cuántas veces fueron los mistis al sitio de los repartos; llevaron a fuete limpio, a los varayok's alcaldes, y los encerraron en la cárcel! Pero mientras el varayok' Alcalde pujaba en la barra, los cuatro ayllus se revolvían; indios de K'ayau, de K'ollana, de Pichk'achuri, de Chaupi, andaban avisando a todas las casas. Desde Makulirumi tocaban corneta, wakawak'ras. Puquio quedaba tranquilo, silencio, como en noche oscura.

Reventaban su balita los mistis en todas las calles; en todas las calles se emborrachaban y amenazaban a los comuneros. Entraban a una casa, a otra; pateaban a las criaturas, sacaban sangre de la boca, de la nariz, de la frente de los taytas.

—¡No empuña!

—Acaso misti sabe regar? —Acaso mistis sabe levantar cerco? —Acaso mistis sabe deshierbar los trigales? —Acaso misti arreglar camino, hace tejas, adobes, degüella carnero? —Quién

pues levantaría las tomas de agua, quién abriría las acequias, quién remendaría los relejes; quién arreglaría las compuertas, cuando los repuntes de enero y febrero, cuando las llók'llas que bajan de todos los cerros tumbaran las acequias y llenaran de piedras, de champa y arena las tomas?

—¡Jajayllas!

Ni a bala, ni a zurriago, ni aún con los ruegos del tayta Vicario, los comuneros no salían de los ayllus.

—¡Mi ojo primero sacará! ¡Como killincho ladrón, mi ojo primero comerá! ¡Cumun yaku, jajayllas!

Los Puquios sabían eso.

Entonces los mistis se humillaban primero. Lloraban de rabia en su conciencia, pero sacaban cañazo de todas las tiendas y rogaban con eso a los varayok's, a los taytas. Iban a los ayllus, cada cual según su pertenencia, y entraban a las casas hablando con voz dulce, ofreciendo amistad.

Los chalos, según su interés, unas veces se juntan con los vecinos, otras veces con los ayllus. No viven en el girón Bolivár, sus casas están en las callecitas que desembocan en la calle de los mistis. Pero ellos también, quieran o no, están clasificados por los vecinos, según los ayllus. Son mestizos de Chaupi, k'ollanas, k'ayaus, pichk'achuris. Entre los chalos nombra el Prefecto al Teniente Gobernador del ayllu.

Por las noches, los mestizos se reunen en la puerta del Billar y de las cantinas, para ver lo que juegan y lo que toman los mistis. A veces entran a las tiendas, se paran apoyándose en la pared, para no estorbar, y miran.

Cada vecino tiene tres o cuatro chalos de su confianza, y los mandan a cualquier parte, a veces de puro favor. En los días que llueve, los vecinos llaman en la calle a cualquier mestizo amigo de su casa y lo mandan por su abrigo, por su paraguas, cualquier mandato les ordenan. Entre ellos escogen los principales a sus mayordomos. A estos mestizos, que siguen como perros a los principales, los comuneros les llaman "k'anras", y quizá no hay en el hablar indio, palabra más sucia.

Pero algunos mestizos son trabajadores; hacen negocio con los pueblos de la costa, llevando quesos, carneros, trigo, y trayendo cañazo de contrabando; velas, jabones.

Muchos de estos mestizos hacen amistad con los ayllus,

y hablan a favor de los comuneros. En los ayllus les llaman, don Norberto, don Leandro, don Aniceto...

Les hablan con respeto. Pero en las fiestas bailan con ellos, de igual a igual; y cuando hay apuro, el mestizo amigo aconseja bien, defiende a los ayllus.

Así es el vivir en el girón Bolivár. Así entraron a Puquio los mistis forasteros.

Pero cuando los puquios miran desde el alto, desde Sillanayok' abra, desde la cumbre del tayta Pedrork'o, cuando miran el girón Bolivár, brillando como lomo de culebra entre el tejado de los ayllus, asqueando, dicen:

—¡Atatauya Bolivár calle!

Cuando los indios miran y hablan de ese modo, en sus ojos arde otra esperanza, su alma verdadera brilla. Se ríen fuerte, quizá también rabian en su adentro.

Desde las cumbres bajan cuatro ríos y pasan cerca del pueblo; en las cascadas, el agua blanca grita, pero los mistis no oyen. En las lomadas, en las pampas, en las cumbres, con el viento bajito, flores amarillas bailan, pero los mistis casi no ven. En el amanecer, sobre el cielo frío, tras del filo de las montañas, aparece el Sol, entonces, las tuyas y las torcazas cantan, sacudiendo sus alitas; las ovejas y los potros corretean en el pasto, mientras, los mistis duermen, o miran, calculando, la carne de los novillos. Al atardecer, el tayta Inti dora el cielo, dora la tierra, pero ellos estornudan, espuelean a los caballos en los caminos, o toman café, toman pisco caliente.

Pero en el corazón de los puquios está llorando y riendo la quebrada, en sus ojos el cielo y el sol están viviendo; en su adentro está cantando la quebrada, con su voz de la mañana, del medio día, de la tarde, del oscurecer.



G.I.P.-Azangaro 1995